

Tema 4: La naturaleza vieja

Unidad: El liderazgo de las tinieblas

I. Base bíblica

Hebreos 9:14

¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

II. Texto de desarrollo

Gálatas 5:16-17

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. ¹⁷ Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.

III. Introducción

Originalmente, el ser humano fue creado con una sola naturaleza, y animado con el aliento de Dios. Cuando Adán y Eva cayeron en transgresión sucedió un misterioso cambio en sus vidas, un agente externo logró corromper la naturaleza original, rompiendo la comunión con Dios, como dice Efesios 2:1-3 *"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, 3 entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás."* Esta es la razón por la cual, todas las obras que genera el hombre, a partir de su caída, son muertas, en el sentido que produce efectos de muerte en sí mismo y en sus semejantes. Por este motivo esta naturaleza corrompida y muerta debe ponerse en el inventario de los enemigos de Dios y, por ende, de los nacidos de nuevo.

La tendencia de las obras de la carne muestra la realidad invisible del hombre natural, el principio carnal oculto es revelado palpablemente, por medio de los resultados de las obras, de modo que éstas no son difíciles de descubrir y, claramente, demuestran que no vienen de parte de Dios. Podríamos compararlo con un árbol venenoso, que por sus lindas flores y hojas puede verse muy atractivo, sin embargo, cuando produce su fruto, se sabe qué clase de árbol es. Ya en la vida práctica, por ejemplo, podemos analizar que los efectos que produce el adulterio son notoriamente destructores y producen disolución. Es de aclarar que las obras de la carne no están reducidas a las manifestaciones sensuales ilícitas, también tienen otras connotaciones, que, en la mayoría de los casos, confunde a las personas en quienes se manifiesta. Muchas veces los pleitos y las contiendas son interpretadas como la exigencia de los legítimos derechos, sin embargo, cuando producen amargura y resentimiento se alejan de un debate, donde las partes buscan coincidencia sana, como en el caso del Concilio de Jerusalén, donde se agendaron serias diferencias teológicas acerca de la aceptación de los gentiles y las condiciones en que estos serían admitidos a la nueva institución llamada iglesia. Sin embargo, como la atmósfera y el espíritu con que se trataron estas diferencias estaba, precisamente, bajo el gobierno de Dios, se lograron aproximar las partes, de una manera casi milagrosa, llegando a conclusiones que satisficieron los puntos de vista de los actores. En otras palabras, cuando el Espíritu de Dios maneja un asunto, por controversial que sea, conduce siempre a una salida pacífica, y notoriamente, satisfactoria, no así, cuando priva la gestión de las obras de la carne. Normalmente, estos debates, terminan en enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones y hasta herejías. Todas estas obras de la carne no son más que explosiones

apasionadas, sin que medie la razón, o la verdad de las cosas, sino los puntos de vista personales que se ven agredidos, cuando se tiene que ceder ante una diferencia notoria.

A las expresiones carnales debe dárseles alta importancia para buscar salir de ese estado básico de los nacidos de nuevo, tomando en cuenta que de no avanzar hacia la madurez podría privarles de la entrada del Reino de Dios.

Efesios 5:5

Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.

1ª Corintios 6:9-10

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ¹⁰ ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.

A) La lucha

La lucha que el nacido de nuevo libra en el diario vivir es sumamente misteriosa, puesto que no conoce lo que practica, sino que obedece los impulsos de la naturaleza carnal, de tal manera que, si no practica lo que quiere, termina haciendo lo que no quiere, como un esclavo de otra voluntad que no parece propia de un regenerado.

Este juego de palabras del apóstol Pablo provoca una profunda meditación del fenómeno de la corrupción existente en lo más íntimo del ser humano, aun cuando ha sido salvo. Sin embargo, la diferencia entre un nacido de nuevo y una persona ajena a la vida de Dios es que reconoce que la Ley es buena, al comprender, con buen criterio, lo que es malo y lo que es bueno. En el verso 17 de Romanos 7 pareciera que el apóstol Pablo se escudara en esa ley para no declararse culpable al expresar que ya no obra él personalmente, sino aquel misterioso mecanismo de pecado, que está en las entrañas del hombre.

Es de analizar que, a estas alturas, el apóstol había recorrido largo camino en la fe, al grado de llegar a una comprensión tan profunda del fenómeno existente en la vida de un creyente, al hablar de esa guerra entre la carne y el espíritu. Se entiende que a estas alturas el apóstol ha logrado eliminar una gran parte del contenido original que traía del mundo, sin embargo, al parecer, la legislación en sus miembros aún no había sido anulada por completo, y existía en su interior una especie de batalla legal por el dominio de la voluntad y de la conciencia del apóstol.

Es complejo entender el conflicto de estos dos principios opuestos, pero lo más difícil es reconocer que, aunque existe una parte del mismo hombre que está esclavizado bajo el dominio de las obras de la carne, y otra, bajo el dominio del Espíritu de Dios; la oposición en el quehacer diario es una práctica agobiante para el creyente fiel, el detener, con las fuerzas del Espíritu y la Palabra, hasta donde lo logra manejar, el río de pasiones que se deja venir sobre sus miembros, todavía bajo el dominio de la ley del pecado; y, al final del día, concretar una obra agradable a Dios, basada en Su voluntad y promovida por el Espíritu Santo, es una verdadera hazaña.

Aunque cuando comparecemos genuinamente en la presencia de Dios, en adoración, nos deleitamos en esa comunión incomparable con el Espíritu Santo, no se debe dejar al margen que hay un enemigo al interior y que todavía tiene poder para manejar las decisiones. Precisamente, por eso el apóstol Pablo, casi al final del capítulo,

agobiado por esas dos fuerzas que logró discernir en su interior, al parecer, deja saber la valoración de todas estas consideraciones previas y no encuentra una frase mejor que decir "miserable hombre de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?"

Romanos 7:15-24

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. ¹⁶Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. ¹⁷De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. ¹⁸Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. ¹⁹Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. ²⁰Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. ²¹Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. ²²Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; ²³pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ²⁴¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ²⁵Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

Santiago 1:12

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.

B) La salida

El llamado del Señor Jesucristo a sus discípulos y a todos los creyentes, a seguirle pareciera una frase célebre, muy afortunada para ponerla en la sala de la casa, sin embargo, las palabras de ese texto que el Dr. Lucas registra en su Evangelio, encierran el resultado de la batalla de toda una vida, partiendo de los enemigos externos que, al final de cuentas, por poderosos que sean son ajenos a la personalidad del nacido de nuevo, resulta relativamente fácil hacerles frente con las herramientas adquiridas por la muerte de Jesús en la cruz del Calvario y la palabra escrita, como dice la Escritura en Santiago 4:7 "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros"; Y también en Lucas 10:17-20 "Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. ¹⁸Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. ²⁰Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos."

Sin embargo, en el caso de la naturaleza pecaminosa que se heredó el mismo día de la concepción, resulta ser el enemigo más fiero, por estar enquistado en nuestra propio ser, aún después de haber transitado algún trecho en la vida cristiana resulta complejo despojarse de los hábitos y malas costumbres que aprendimos mientras estuvimos ausentes de Cristo y que, sería lo más rudimentario. Esta es la razón por la cual Cristo hace, a nuestro parecer, el llamado al martirio, en el sentido de crucificar todas las exigencias de la carne y emplazar, en su lugar, el Reino de Dios y su justicia.

Con frecuencia, en la vía dolorosa en Jerusalén, se puede apreciar a cientos de peregrinos de distintas religiones, algunos de ellos portando una cruz sobre sus hombros, que, en la mayoría de los casos es de un material liviano, como para dramatizar religiosamente este elocuente pasaje de las Escrituras, pero, en realidad, el Señor, en este sorprendente llamado a sus discípulos, no estaba hablando de religión y mucho menos de una escena de teatro, sino de ofrecer su propia vida humana, como Él rindió la suya, voluntariamente y por amor.

Lucas 9:23-24

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. **24** Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará. **25** Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?

Conclusión**1 Pedro 1:4**

por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.